

Ciudad de México, hoy como ayer

A dos de escalar 700 años, la Ciudad de México mantiene firme, fuerte, robusta, la raíz, en tanto amalgama la circunstancia del cambio. La comunión de los siglos en la estructura de los nuevos tiempos: ciencia, arquitectura, energía, movilidad, robótica y tecnología en tiempo real.

En la persecución de espacio público para 22.3 millones de habitantes, las 12 líneas del Metro, con 4.5 millones de pasajeros diarios a bordo, conviven con circuitos de doble piso, en tanto nacen y crecen edificios que se retan, frente a frente, en materia de ascenso al infinito. Y, altivos aun, aferrados a su reflejo del esplendor del Imperio Azteca, el Templo Mayor, Cuicuilco y Tlatelolco ofrecen lecciones de historia a propios y extraños. Del Gran Teocalli o Templo Mayor al adoratorio de Tezcatlipoca.

No es añoranza. Es devoción. El reencuentro con lo nuestro al sonido de los timbales la música de las chirimías, cascabeles naturales envueltos en los tobillos a pie desnudo, como el torso, como el rostro sudoroso al sopor del humo de copal en la danza ancestral a plena plaza mayor o atrio repleto en el santuario de la virgen morena. la que se hizo nuestra mostrándose a un indígena macehual.

El ritual se extiende en una larga vereda culinaria en tributo a Cintéotl, dios azteca del maíz, tacos, tostadas, sopes, quesadillas, tamales y corundas, al multicolor de distintos moles, el tricolor de los chiles en nogada, el revoltijo, la capirotada, los escamoles y el ahuate, uno huevos de hormiga, otro de mosco. Y ahí el pulque, la bebida sagrada de los naturales extraída del maguey, prohibida para menores de 60 años, pero permitida para enardecer a los guerreros en la fase previa al combate.

Los barrios ancestrales se volvieron mágicos. Romita, la Roma chiquita, reza aún en su iglesia del siglo XVII dedicada a San Francisco Javier a unos pasos, apenas, de centenarios ahuehuetes en cuyas gruesas ramas oscilaban, a manera de advertencia, los cuerpos inertes de contrabandistas y ladrones.

Ciudad de todos, en la vereda caminó hacia el abrigo solidario la migración española en el desfile de los vencidos tras la Guerra Civil Española; León Trotsky, creador del Ejército Rojo en la Revolución Bolchevique de 1917; el cineasta Luis Buñuel, el Sha de Irán, Mohammad Reza Pahlevi, o los damnificados del golpe militar que derrocó al presidente Salvador Allende en Chile, para alcanzar hoy perfil de babel en el hacinamiento de migrantes en ruta al incierto del empleo en Estados Unidos.

La ola inunda plazas y explanadas, atrios de iglesias, jardines y alamedas. El campamento haitiano, el afgano, el venezolano, el

colombiano, el guatemalteco, el hondureño, el salvadoreño, el sirio... o todos revueltos en casas de acogida o improvisados albergues.

La singularidad mostraba como signo urbano, referente turístico, al barrio chino, la colonia alemana, el panteón inglés, la colonia americana ... difuminándose hoy la señal por la interferencia, con etiqueta de éxodo, aun cuando la tradición sigue dictando mi casa es tu casa y donde comen dos comen tres.

Qué importa si a su nacimiento, en 1325, la Ciudad de México-Tenochtitlan, capital imperial azteca, era poco menos extensa que el zoológico del emperador Moctezuma, y la Nueva España se concentraba en un espacio inferior a una aldea medieval, fuera de traza la Alameda Central y lejanos los Paseos de Bucareli, La Viga, Chapultepec y las casas campestres de Tacubaya.

Expulsados de la traza, los naturales observaban la vida plena de palacios y recintos religiosos desde sus propios barrios, llamados calpullis por los aztecas. Pero, pronto, el lejano colegio de Santa Cruz de Tlatelolco segunda escuela para naturales después de la conquista, se conurbó con las zonas gremiales de la periferia de la Nueva España en asecho del gran mercado, y pronto alcanzó al Cerro del Tepeyac, devorando panteones y aun conventos como el de Propaganda Fide de san Fernando.

Y la lejana Ciudad Universitaria, rehilete de arquitectura, arte y monumentalidad, se integró a la mancha urbana. Zona metropolitana le llamaron los urbanistas, cuando sucumbieron las siembras de maíz al agresivo paso del asfalto.

La emergencia caminó de viejas construcciones vueltas vecindades a edificios de departamentos para saltar a multifamiliares, algo así como ciudades dentro de la ciudad. Y la exigencia de movilidad expedita se trocó en implacable picota, trocando callejones en avenidas en atropello al respeto hacia iglesias, plazas, palacios, casas históricas...

Y ni así.

Los que eran ríos se volvieron viaductos, aunque el agua corre aun por sus entubadas entrañas, en tanto oficinas públicas le arrebataban espacio al vivero de Coyoacán y al legendario Bosque de Chapultepec, su Calzada de los Poetas, su Alcázar en lo alto del cerro, volviendo pequeño el pulmón natural ante el irascible paso de hoteles, museos y residencias particulares. Una plaza de toros se mudó, piedra por piedra, a las goteras de la ciudad para dejarle el espacio a un centro comercial, con la novedad que años después también la encerrara la hambrienta urbe.

Pero aún, ajena al alboroto de la multitud de fiesta por la victoria deportiva; a la protesta que descarga su ira sobre el inmobiliario

urbano, y aun de los terremotos que han herido de gravedad una y otra vez a la ciudad, se erige, orgullosa, la Columna de la Independencia, la victoria alada posada en el pedestal al paisaje de colosales torres, inauditas mansiones, bancas de piedra y árboles centenarios. El corazón financiero de la gran urbe.

Por ahí camina la serpentina hacia la Alameda Central, esculturas y fuentes que cantan historias de amor, de victoria y de excentricidades. Cada prado, cada árbol es un tomo. Cuatro siglos de anécdotas.

Por ahí también se camina al Palacio de Bellas Artes, en cuya majestuosidad, como en la amalgama de estilos arquitectónicos del Palacio de Correos, está grabada la firma del arquitecto italiano Adamo Boari.

Dos estructuras disímbolas, una en mármol, otra en cantera, bajo el mismo trazo, al cobijo de un inaudito telón de cristal con el Valle de México como motivo, esculturas, pinturas, murales de los más grandes maestros. Recitales, conciertos, ópera, ballet, danza...

En reto inaudito al paso inclemente de las hojas del calendario, conviven la primera torre de la urbe en función de metrópoli: cincuenta y cuatro pisos, un mirador y una colosal antena, y el primer convento construido a la conquista de la Ciudad de México-Tenochtitlan, entrelazándose restos de capillas y

vestigios de recintos monacales con construcciones modernas. No obstante, el barrio de San Ángel mantiene intactas no solo sus mansiones solariegas y su convento carmelita con el agregado de momias encerradas en vitrinas, sino su empedrado y aun los nombres de sus calles en el marco de una mística tranquilidad. Así Coyoacán, así Chimalistac. Como si el tiempo pudiera congelarse, el centenario río Magdalena en romántica postal al encuentro con el puente de piedra de Panzacola y la minúscula iglesia de los primeros naturales llevados a la pila bautismal.

Ciudad de tumultos: En una calle, al tránsito de avenida Juárez a Madero, circulan al día dos millones de personas. Ciudad de contrastes: Las trajineras, barcas con nombre de mujer entrelazados entre flores y navegables a golpe de remo, conviven aún con el ritmo vertiginoso del ferrocarril urbano, los teleféricos y los cientos de vagones del Metro. Ciudad de maravillas: Del espejo humeante del Tezcatlipoca a los cuatro tipos de mármol del Palacio de Bellas Artes, las leyendas anidadas en las calles o el colosal monolito del Calendario Azteca o Piedra del Sol del Museo Nacional de Antropología, en sinfonía con el color, olor y sabor de los mercados. El desfile multicolor de flores, frutas y legumbres al griterío de los mercaderes y el trotar aun de estorbosas canastas de mimbre.

Mercado de nuevo y mercado de usado. Muebles rústicos y libros viejos, a la par de baratijas incrustadas en la magia del recuerdo: La cabecera de latón, el soldadito de plomo, el cajón de bolear, la muñeca con rostro de porcelana, la plancha de carbón, el carrito de hojalata, y por allá los barrios se disputan la preminencia de sus altares callejeros a la Virgen de Guadalupe, mientras en algunos balcones se asoma, enigmático, un altar a la Santa Muerte.

Ciudad de los museos: Al heroico paso del México virreinal al México independiente, la ciudad devino en museos. Del convento-hospital de Betlemitas surgió el Museo Interactivo de Economía, instrumentos al calce para realizar el visitante la operación matemática, financiera o proyección más sofisticada; del mayor colegio jesuita al Museo de san Idelfonso; del Templo de Tezcatlipoca al Museo de la Cocina; del Convento de santa Teresa la Vieja al Museo de Arte Actua del Convento de San Juan al Museo del Mueble; del Palacio de los Condes de Santiago de Calimaya al Museo de la Ciudad de México; del Palacio de los Condes de Heras y Soto al Archivo de la Ciudad de México; del Palacio de Iturbide al Museo Banamex; del Castillo de Chapultepec al Museo Nacional de Historia.

El catálogo tiene para todos los gustos. El museo del juguete antiguo, el de la fotografía, el de la vivienda, el de arte popular,

el de la caricatura, el de ferrocarriles, el del vestido, el del ejército, el de la luz, el de las intervenciones...

Y Diego Rivera narra en las paredes del Palacio Nacional la historia de México, en tanto Juan O'Gorman recrea la historia de la aviación, David Alfaro Siqueiros la Marcha de la Humanidad, José Clemente Orozco la humilde dignidad indígena, Jorge González Camarena la epopeya de la Constitución, y Aurora Reyes el encuentro entre el emperador Moctezuma y el capitán español Hernán Cortés.

Al fragor de la lección los nuevos muralistas asaltan las bardas para plasmar su visión contemporánea y aún su perspectiva del futuro: la mujer, la ciencia, el progreso, las culturas prehispánicas, el Nahual, mitad hombre-mitad bestia, la guerra, el individualismo, la histeria y la inconformidad. Y la plaza mayor se inunda de expectantes espectadores al influjo del concierto gratuito del artista de moda... como cuando las orquestas de cuerdas convocaban a la sosegada sociedad decimonónica en derredor de los quioscos de los parques públicos.

Sobreviviente de guerras internas, invasiones, catástrofes naturales, explosiones, incendios, la Ciudad de México se reconstruye día a día con cimiento viejo y andamiaje nuevo. La encrucijada entre la selfie y el retrato al óleo; la robótica y el tejedor de sombreros de palma; la alta cocina y la tortilla al comal sobre el bracero de carbón.

Hoy es ayer. Ayer es hoy.

Alberto Barranco Chavarría

Embajador de México ante la Santa Sede

Cronista de la Ciudad de México

Seminario Internacional: **“El reto de la convivencia en una macro metrópoli: el caso de la Ciudad de México”**.

Universidad Católica del Sacro Cuore

Milán, Italia, 30 de octubre de 2023